



PREGÓN DE SEMANA SANTA 2004

Dña. María del Sol Salcedo Morilla

Presentamos el pregón de la Semana Santa de Córdoba 2.004 pronunciado el pasado día 27 de marzo de 2004 en el Gran Teatro de Córdoba por Dña. María del Sol Salcedo Morilla, académica y cofrade de la Hermandad de San Álvaro de Córdoba y primera mujer pregonera en la historia de nuestra Semana Mayor.

Pregón

"

Excelentísimo y Reverendísimo Señor Obispo de la Diócesis.

Excelentísima Señora Alcaldesa-Presidenta del Excelentísimo Ayuntamiento de Córdoba.

Ilustrísimos Señores Presidente y Junta de Gobierno, de la Agrupación de Hermandades y Cofradías, Hermanos Mayores, Hermanos y Cofrades.

Excelentísimas e Ilustrísimas Autoridades.

Señoras y señores:

Mi primera obligación de esta noche es dar las gracias al presentador. Como pueden ustedes suponer, estas líneas de agradecimiento las he compuesto sin saber lo que Don Antonio Gil iría a decir de mí, pero puedo asegurar que todo, ha sido excesivo. Mi suerte es que me haya presentado una auténtica personalidad: excelente párroco, fascinante predicador, erudito escritor y admirado pregonero de la Semana Santa cordobesa. De los méritos que haya recabado para mí, ninguno es tan importante ni me capacita tanto para pronunciar este pregón, como el inmenso amor que siento por Córdoba, que ahora se me desborda y me emociona y me pone el nudo en la garganta, mientras piso el escenario del Gran Teatro, precisamente hoy, que se celebra el Día Mundial del Teatro. Gracias, Don Antonio, por su cariño y sus palabras.

En la antesala presidencial de Cajasur, enriqueciendo el tramo de pared que le da izquierda a la entrada, se ofrece a la vista un cuadro de Julio Romero de Torres, pintado al óleo, cuyas medidas nos permiten admirarlo desde cerca, y recrearnos en su belleza.

La obra fue creada en 1918. Se llama "La Saeta" y es, por sí misma, un completo pregón de Semana Santa...

Pero no quiero empezar sin acudir al estilo de aquellos oradores sagrados, que inmediatamente después de exponer el tema, invocaban a Nuestro Señor o a la Santísima Virgen, pidiendo ayuda para la brillantez, profundidad y religiosidad de sus sermones...

Mi invocación va a ser breve: una oración consistente en un soneto. Un poema poco conocido, de un gran poeta que procuraba ocultar que lo era. Me refiero a un recordado obispo de Córdoba: el dominico Fray Albino González Menéndez-Reigada, que nos dejó esta obrita, titulada "Los disfraces del Señor".

Te vi pasar y no te conocí:
pasabas disfrazado de mendigo.
Fue de mi distracción duro castigo
no haberte en aquel pobre visto a Ti.

¡Ya tantas veces me ha ocurrido así!
¡Te he llegado a tomar por enemigo...!
Sólo después, por reflexión, consigo
darme cuenta de que has venido a mí.

¡Porque sueles venir tan disfrazado...!
¡Sueles, Señor, venir tan escondido!
Un superior que manda, un desgraciado

que pide, un necio que nos ha ofendido...!
¡Y al darme cuenta, al fin, de que has pasado
salgo tras Ti, corriendo, y ya te has ido!

Una definición nos dice que la saeta es la copla breve y sentenciosa que para excitar la devoción o la penitencia se canta en las iglesias o en las calles durante ciertas solemnidades religiosas.

Pero no encuentro exacto lo que se dice de que se canta para excitar la devoción o la penitencia. Porque es lo contrario: que se canta porque nos mueve la devoción o estamos obligados a cumplir una penitencia.

Fernando Villalón dijo de las saetas que eran inciensos de fe, Díaz Plaja las definió como la fe a gritos. La saeta es también una fe sin misterio, una flecha de amor que nos traspasa a nosotros antes de llegar a la imagen. Y yo añado: es un lenguaje de comprensión, de dolor a dolor, de sufrimiento a sufrimiento, la fe de rodillas.

Y esa es la figura central del cuadro "La Saeta" de Romero de Torres, cuya modelo fue Amalia la Gitana. Está vestida de negro, con mangas largas rematadas por encajes blancos; de sus labios está a punto de salir una saeta. Amalia está arrodillada sobre un reclinatorio, inspirado en la obra de Valdés Leal "La Virgen de los Plateros".

El fondo del lienzo son dos antiguas casonas cordobesas: la portada del actual Conservatorio de Música y la Casa de las Bulas. Delante de los edificios, dos pasos procesionales de los que salían el Viernes Santo en la

época en que Julio Romero realizó la pintura. Uno es el de la Virgen de los Dolores y el otro, el Cristo de Gracia.

Porque fue en una saeta dedicada a esta imagen donde se inspiró el pintor para llevar a cabo su obra. Se sabe cual fue y la transmito:

Ay, Santo Cristo de Gracia:
vuelve la cara hacia atrás;
dale a los ciegos la vista
y a los presos libertad.

Porque el cuadro, presenta en primer término, rodeando a la Gitana que representa a La Saeta cuatro impresionantes figuras: una vieja mendiga, una joven inválida, un hombre con las muñecas encadenadas y un anciano ciego. Son los cuatro versos de la saeta. Desarrollados así:

Cuatro palabras sencillas
sobre las llamas de cera;
cuatro columnas de lágrimas
en cuatro figuras tiernas;
cuatro pilares de versos
que en la clara noche tiemblan;
cuatro varales de orfebres;
cuatro palabras que hielan:
la Pobreza, la Prisión,
la Invalidez, la Ceguera:
los cuatro versos de plata
que hacen falta en la saeta,
cuando viene a mi pregón
y se hace flor cordobesa.

Desde que fui designada como pregonera de la Semana Santa me he preguntado qué se esperaba de mí. Por ser mujer, y la primera que hace este pregón, ¿se espera algo distinto? ¿Algún tema diferente? No quiero defraudar y he procurado captar los ecos, oír lo que voces anónimas, a veces parándome en plena calle, me proponían. Algunas personas, por ejemplo, desean que cuente mis experiencias de madre que, al fin y al cabo son las mismas que las de todas las madres. Quieren escuchar que plancho con mimo los cubrerrostros, las túnicas y las capas de mis hijos, especialmente en los bordes inferiores, borrando a fuerza de vapor la señal del dobladillo del año anterior, porque ha habido que soltarle ¡Han crecido tanto...!

Que durante todo el año voy atesorando los papeles de estraza –cada vez más escasos- que llegan a mis manos para interponerlos pacientemente entre la tela y el calor y sacar a conciencia los goterones de cera.

A los jóvenes les gusta saber que sus madres no tienen la exclusiva de la preocupación. Que yo también ando persiguiendo la procesión en que salen mis hijos, esperándola de esquina en esquina, comprobando en cuanto puedo que están bien, que no se marean, que siguen ahí; que observo sin parpadear, hasta que me duelen los ojos, las filas de nazarenos, intentando sorprender en alguno el gesto familiar que los delate y me

permite reconocerlos o hasta que distingo entre todas las capas la que lleva uno de ellos, inconfundible, porque como es la que mi padre ha llevado en la procesión desde que era joven, debe tener ya más de sesenta años: los agremados dorados han adquirido los difíciles tonos del oro viejo; los morados del muaré se han suavizado hasta volverse malvas; pero el escudo que le bordaron las adoratrices, continúa intacto y el raso negro sigue teniendo igual brillo y describe los mismos vuelos elegantes que envolvían a mi padre cuando subía la calle Alfonso XIII, de vuelta a nuestra casa, tras dejar recogida a la Virgen de las Angustias, primero en San Agustín y después en San Pablo.

Que, ya fuera de la carrera oficial, de vuelta al templo, les ofrezco agua, y me duele que la rechazen porque sé que están muertos de sed. Que reprimo, para no avergonzarles, mis deseos de abrazarlos y besarlos y acariciarlos y mimarlos, cuando se quitan el cubrerrostro y me compadezco de la palidez de sus caras.

Mis hijos son ya mayores, pero recuerdo el miedo que sentí la primera vez que salieron tapados. Por eso deseo dirigirme a todas las madres que este año tienen a un hijo o una hija, especialmente una hija, puesto que la cosa va de mujeres, desfilando por primera vez con cubrerrostro. Y, en nombre de ellas, pido:

Señor, mi nazarenita
va sola en la procesión:
hoy quiere salir tapada
porque dice que es mayor.
Desde pequeña, en mis brazos,
por las calles te siguió;
su inocencia fue mi ofrenda
y su peso, mi oración.
En mis brazos se hizo rezo
y en mis brazos aprendió
que sólo tú eres la vida
y en ti está la salvación.
Hoy, en ir contigo sola
pone su empeño mejor
y va a seguirte por Córdoba
sin mi amante protección.
De mi corazón de madre
sale este rezo de amor:
Señor, mi nazarenita
va sola en tu procesión.
Hoy no la tengo en mis brazos;
hoy, no la protejo yo.
Y por eso te la encargo:
¡Protégela tú, Señor!

Tras este vuelo poético dedicado a una nazarenita, me surge el recuerdo de una preciosa imagen de la Virgen que el Jueves Santo realizará su desfile procesional. Se trata de María Santísima Nazarena: gala, amor y devoción del barrio de San Agustín. Lo cual me hace ponerla al frente de mi convocatoria verbal.

Porque, pensando en un pregón femenino me han venido a la cabeza temas femeninos que forman parte de la Semana Santa; no me refiero a cosas esencialmente femeninas, sino a aquéllas que gramaticalmente

pertenecen al género femenino y no tienen forma masculina y, aunque la tengan, cambian totalmente de significado si se ponen en forma masculina. Voy a enumerar unas cuantas: sin ir más lejos, Semana Santa, saeta, camarera, procesión, trabajadera, potencias, palmas, olivas, papeleta de sitio, bandera, vara, vela, cera, capa, túnica... Esto sin contar los personajes presentes en la pasión de Cristo: La Virgen, María Magdalena, la Verónica, las Santas Mujeres e incluso Claudia Prócula, mujer de Pilatos...

Y en la trayectoria de los términos femeninos se encuentra la palabra Resurrección, que es la reunión del alma con el cuerpo, del que antes se había separado, consiguiendo así nueva vida. La Resurrección por excelencia, es la de Nuestro Señor Jesucristo. Sin la Resurrección el cristianismo no tendría sentido.

Por eso la saeta que más alto ha de llegar es el Domingo de Resurrección. La dispara el arco simbólico del año litúrgico porque resulta ser el punto culminante de su transcurrir, el arranque del tiempo pascual, de renovación de la vida, de triunfo, de inusitada alegría y alborozo de almas.

El Domingo 11 de abril, la Parroquia de Santa Marina de Aguas Santas, abrirá paso a la Pascua Florida, con la salida del Resucitado, entre un mar de tonos blancos y marfiles, ondulado con rasos azules. Cuando pase el Señor, luminoso y triunfal, se embellecerá la fachada que da paso a la puerta de la epístola con la llegada de la Reina de nuestra Alegría. Los blancos cirios recibirán un baño de oro del sol que afila sus rayos en la calle Moriscos y da luz a la Piedra Escrita.

Desde el deslumbrante Domingo de Resurrección hemos de regresar a la estructura de la epopeya bíblica, tratando de adecuarla a la imaginería cordobesa.

El relato retrospectivo, en conjunción con el sentimiento de la alegría, quedará plasmado el Domingo de Ramos en la imagen de Nuestro Padre Jesús de los Reyes, con la conmemoración de su Entrada Triunfal en Jerusalén, sustentada por la pobreza de su humilde cabalgadura y respaldado con sus potencias de plata.

Brillante exhibición de palmas y cirios blancos y amorosa fusión con la efigie de Nuestra Señora de la Palma, que luce su finura bajo el temblor del palio, cuyos reflejos revisten de oro la saya azul pavo real y el manto granate... Una combinación majestuosa ante el pórtico de la Parroquia de San Lorenzo Mártir.

La Semana Santa de Córdoba altera la segunda parte del año eclesiástico, incrustándole tres advocaciones pertenecientes al ciclo de Navidad: la Concepción, la Encarnación y la Candelaria. Las tres realizarán su procesión en el claroscuro del atardecer del Domingo de Ramos.

Una sugestiva estampa será la de María Santísima de la Concepción –bajo palio- detenida ante el retablo a San Rafael de la calle de los Lineros. El río de nazarenos señala su regreso, entre saetas, a la parroquia de Santiago.

El Arcángel Rafael también, esta vez en el Puente Romano, coincidirá con María Santísima de la Encarnación. Esta bella Virgen –tercer paso de la Cofradía del Amor- adorna su presencia con las diversas tonalidades de los granates, supremos símbolos de la joyería. Y como su trono está alzado por mujeres, vaya de mi parte esta solidaria aportación lírica:

La Encarnación va en su trono
y en el río se refleja
como joya esplendorosa
de la Córdoba platera.

Luce en el Puente Romano
cuando, por Amor, la llevan

-cuadrilla disciplinada-
sus Hermanas Costaleras,
acompañando los pasos
y al límite de sus fuerzas.
Sienten, sufren, tiemblan, lloran,
sudan, se desgarran, rezan...
Fajas firmes, alpargatas
o pies limando las piedras
lastimándolos con llagas...
y costales que sostengan
el empuje insoportable
de las seis trabajaderas.
¡Todas a una y muy juntas!
¡Todas juntas, con firmeza!
¡No digan que las mujeres,
no llegarán donde quieran!
¡Codo a codo y hombro a hombro,
levantamos lo que sea!
La voz de mando que rige,
dice: -¡Paso a la trasera!
¡Paso atrás! ¡Paso de muda!
¡Paso "gateo"! ¡Ahí queda!
¡Pasos de lanzado y largo...!
¡Quietud para las saetas!
La gente está conmovida
y apretada en las aceras.
Y mientras la Encarnación
derrama lágrimas tiernas,
la están levantando a pulso
sus Hermanas Costaleras.

Estaremos dentro de ese momento mágico de "entre dos luces" en este día de los ramos dominicales, cuando se nos ofrecerá la hermosa estampa de María Santísima de la Candelaria –blanca saya con bordado de oro fino y manto de terciopelo rojo como las candelas-. Su palio habrá de esquivar por milímetros el arco evocativo del Compás de San Francisco. Se deslizará una verde riada de nazarenos entre la guardia de honor que le formarán las dos filas de naranjos. Desde el Portillo, una voz femenina le cantará la primera saeta del anochecer.

Y aún no será posible fijar la posición del lucero de la tarde del Lunes, cuando en la plaza de San Nicolás brillará la belleza de María Santísima de Gracia y Amparo –las dos palabras más compasivas que pueden seguir a una sentencia-. El palio elevará el resplandor de la imagen –vestida con saya morada de oro fino- y la cera de la candelaría, hará relucir el arbolado de la plaza, del que destacan dos palmeras estrechamente abrazadas por enredaderas de hiedra.

Sobre las ocho de la tarde del Lunes la esquina del Caño Quebrado reflejará los tonos azules del manto de la Virgen de la Vera-Cruz –María Santísima del Dulce Nombre-. El techo del palio, sostenido por seis varales por

banda, embellecidos con sus macollas de plata, nos sorprenderá de estética y moverá nuestra devoción. Estoy segura de que ante la portada del Sagrario, habrá alguien que le cante una saeta, que bien puede ser esta:

No tuvieron compasión
y tu Hijo la muerte espera
al final de su pasión.
Esa es la Cruz verdadera
que lleva tu corazón.

Los debilitados rayos del sol se enredan en el gran cedro del Himalaya, árbol que preside la plaza de las Dueñas, cuando pasa "La Sangre". Y luce bajo palio su hermosura Nuestra Señora de los Ángeles. Va acompañada de San Juan Evangelista.

Como una rama desgajada de la Expiración, Nuestra Señora del Rosario. Habremos de situarnos en el Patio de los Naranjos para verla aparecer en la Puerta del Perdón. Es el sitio apropiado. Porque esta imagen fue coronada en la Santa Iglesia Catedral en 1993. Conjunción de cirios y azahares, mientras va muriendo la tarde del Viernes.

Mi último recuerdo del convento de Santa María de Gracia es el del locutorio de las dominicas. Mis padres me llevaron para que las monjas me vieran vestida para mi primera comunión y les entregara mi estampita. Sé que la comunidad cantaba el Miserere al paso del Cristo del Remedio de Ánimas. El convento ya no está, pero por el lugar que ocupó, la noche del Lunes pasa la Madre de Dios en sus Tristezas. No puede ser más apropiada para cobijar nuestros más íntimos sentimientos: la tristeza de una madre que camina tras su hijo muerto; el corazón materialmente roto de pena...

Las vírgenes cordobesas
que acabo de describir
han convertido las calles
en recuadros de jardín.
Sus salidas ampararon
crepúsculos carmesí;
y al regresar a sus templos
pusieron plata y zafir,
candelerías de estrellas
con sus cirios de marfil.

La luna bordó sus mantos,
sus sayas y su postín:
porque la humildad las hizo
más hermosas de por sí
y, sin querer, dan motivos
para poder presumir.

Aromas de incienso y flores
hay en cada camarín:
que las llevaron navetas
coronadas de alelí.

Y cuando se quedan solas
y sus puertas sin abrir
meditaremos que fueron
mostrario fino y gentil.
¡Ay, Vírgenes cordobesas:
luz de luz, principio y fin!
¡Qué pena me da que tarden
un año entero en salir!

En las citas anteriores no están comprendidas todas las advocaciones virgíneas de Córdoba. Por eso voy a ofrecerle un besamanos floral a trece dolorosas. Trece, como los patios de Viana. Una flor de cada patio para cada dolorosa.

1. El Patio Principal o de Recibo ofrecerá sus cinerarias a la Esperanza –manto de terciopelo verde- que sale de la iglesia de San Andrés Apóstol.
2. El llamado Patio del Archivo aportará un ramo de violetas a la de la Amargura –manto de terciopelo azul- heraldo maternal de Jesús Rescatado.
3. El Patio de la Capilla hará ofrenda de una cestilla de azahar de sus limoneros para la de la Merced –manto azul pavo real- cuando realice su salida procesional de la parroquia de San Antonio de Padua.
4. A la iglesia de San Fernando, sede de la Virgen de la Estrella, le llegarán unos preciosos geranios procedentes del Patio de la Cancela.
5. Del alargado Patio de los Jardineros, una fila de gitanillas será cortada para María Santísima de la Trinidad –manto de terciopelo morado- amorosa acompañante de la Santa Faz.
6. María Santísima de Vida, Dulzura y Esperanza Nuestra, que estrena corona, es parte inseparable de la Piedad; no podrá hacer carrera oficial por su lejanía, pero recibirá un bello panel de buganvillas color burdeos del Patio del Pozo, para que haga juego con las túnicas de los nazarenos.
7. El patio de la Alberca colocará a los pies de la Virgen de la Caridad, alma del Buen Suceso –manto de terciopelo negro- una purpúrea brazada de claveles.
8. Del octavo patio o Jardín saldrán delicados lirios como donación para Nuestra Señora de la Piedad –manto de terciopelo azul marino- seguidora del Prendimiento.
9. El Patio de las Columnas entregará sus rosales trepadores a María Santísima del Amor –manto de terciopelo rojo- entronizada en la Pasión de la iglesia parroquial de la Paz. Junto a ella, San Juan Evangelista.
10. Aunque no salga en procesión, la Esperanza del Valle, prevista acompañante de la Sagrada Cena –linda efigie con blanca mantilla, galardón de la parroquia de San Álvaro de Córdoba- recibirá los pensamientos brotados en el Patio de la Madama.
11. La banderita española, flor popular del Patio de las Rejas, será para el Rocío y Lágrimas –manto de terciopelo verde- que efectuará su salida con el Perdón, de la antigua iglesia carmelitana de San Roque.
12. Nuestra Señora de las Lágrimas, gloria de la Misericordia –manto de terciopelo malva- se recreará en las rosas enviadas desde el recoleto Patio de los Naranjos.
13. Y por último, del pequeño Patio de los Gatos, llamado así porque es una réplica de los patios populares, saldrá la ofrenda de un verde tapiz de hiedra, para que contraste con el manto de terciopelo rojo de Nuestra Señora Reina de los Mártires –madre admirable- que efectúa su salida detrás del Cristo de la Buena Muerte. Este año, por primera vez, desfilarán nazarenas en esta cofradía.

Para que en las noches

de Semana Santa
pueda agudizarse
la fe religiosa
y que trece vírgenes,
bajo las estrellas,
atravesen calles,
prendidas de aromas;
para que los palios
ritmen sus vaivenes
perfumando estrechas
callejas recónditas;
para que les canten
sentidas saetas,
que a sus mantos lleven
vuelos de palomas;
para que las amen
mientras las presencian;
para que les recen
quienes las adoran...
¡Patios de Viana:
de vuestros recintos
llevaron sus flores
trece dolorosas!

El cuadro de “La Saeta” dedica uno de sus cuatro planteamientos a la Prisión. Y ésta es tan evidente en la Vida y Pasión de Nuestro Señor, que permite una especial composición, a través de nominaciones y referencias, una “Letanía de los Presos”:

Padre Jesús de la Sagrada Cena,
que cuerpo y sangre diste en comunión:
haz que todos los presos de violencia
hallen liberación.
Padre Jesús de la Oración del Huerto,
libra a los drogadictos de su horror.
Señor, que al Prendimiento te han vendido,
libérame a los presos de traición.
Tú, Jesús del Perdón, tan humillado
ante Anás, dales la liberación
a los que presos de humillar a otros,
gozan su humillación.
Jesús ante Caifás y los soldados
romanos y el esclavo, esclavos son
los que sufren cadenas de egoísmos
e ignoran el amor.
Jesús de la Sentencia ante Pilatos,

libra a los presos de su corrupción.
Jesús, ya desvalido, que ante Herodes
te custodia un sayón:
da libertad a los presos del desprecio
a los hijos de Dios.
Señor, que estás Atado a la Columna
como un vil malhechor:
da libertad a quienes viven presos
de la difamación.
Pilatos que a Jesús y Barrabás
buscas comparación,
que el Señor te libere junto a otros
de no querer cumplir tu obligación.
Jesús de la Merced, te han coronado
con espinas, libera al que feroz,
está hundido en presidio de torturas,
sin hallar compasión.
Jesús el Nazareno, Rescatado,
rescata de la desesperación
a los que las pateras nos trajeron
y están sin pan ni voz.
Nuestro Padre Jesús el de las Penas:
de estar presos de penas líbranos.
Jesús que en Vera Cruz, tu cruz abrazas:
quita su cruz mayor
a aquellos que se pasan larga vida
con su crucifixión.
Padre Jesús que vas con cruz a cuestras,
Nazareno de amor:
libera a las que sufren malos tratos
y ocultan, silenciosas, su dolor.
Santa Faz o Señor que en amargura
su calle recorrió:
libera la amargura de su cárcel
a aquellas que limpiaron tu sudor.
Nuestro Padre Jesús Caído y preso:
ten libre al pecador.
Jesús que estás llegando a tu Calvario,
dales liberación
a aquéllas que en la arena de las playas
dieron a luz un hijo, ya español.
Señor que de la paz estás saliendo,
Jes&uacu"